

zados enemigos. Quien considere por una parte los versos de Heredia, la Avellaneda, Luaces, con algunos rasgos de Milanés, Plácido, Zenea y Mendive, y por otra este fárrago de execrable barbarie, se sentirá tentado á creer que la Gran Antilla tiene el privilegio de producir la mejor y la peor poesía del mundo americano. Varias causas contribuyen á esto, no siendo la menor cierta indisciplina, no ya literaria sino gramatical, de la cual muchos en América, lo mismo que en España, hacen alarde, considerándola como signo de los elegidos y marca distintiva del genio. Así se malogran vates que quizá llegarían á ser excelentes si sometiesen su musa indómita y su estro cerril al suave yugo y á la carga ligera del buen gusto, cuyas leyes en ninguna latitud prescriben. Cierta sentimentalismo vago, declamatorio y hueco, forma predilecta del romanticismo, ó más bien del gongorismo americano, ha esterilizado en algunos las mejores disposiciones, y ha llenado de feas manchas las composiciones de otros que merecen vivir á pesar de ellas, y que han acertado siempre que han querido acudir á las verdaderas fuentes del sentimiento poético. Por muchos años ha dominado en Cuba un zorrillismo reprehensible, que imitaba sólo la facilidad abandonada y los resabios del estilo del maestro, puesto que el fondo de su admirable poesía tradicional ó legendaria tenía que ser letra muerta en las vírgenes soledades americanas; lo cual no fué obstáculo para que algunos se arro-

sía lírica popular, ó más bien vulgar, de cantares, glosas y décimas. La música criolla que acompaña á estas canciones, y que ha penetrado ya en nuestra zarzuela, vale hartó más que la poesía, como sucede casi siempre en estos casos. En la *Revista de la Habana*, tomo III, 1854, puede verse un interesante estudio de D. Ramón de Palma sobre los *Cantares de Cuba*.

jasen absurdamente á fabricar *poesía nacional cubana*, con leyendas insulsas y nombres estafalarios de caudillos salvajes anteriores á la conquista, género cuya especialidad tuvo el famoso Fornaris, llamado el poeta de los *siboneyes* (1).

En otros ingenios, la animadversión contra la madre patria, y el gusto difundido por la educación extranjera, se tradujeron en serviles alardes de imitación de la moderna poesía francesa, en la cual tampoco se eligieron siempre los modelos con el gusto más exquisito. En vez de traer al arte castellano, en la lengua de Heredia y de Andrés Bello, las singulares y prodigiosas hermosuras del suelo tropical, prefirieron repetirnos por centésima vez, en jerga mestiza y agabachada, lo que en París habían aprendido y lo que desde París se difunde por toda Europa; y así fué como, en son de independencia, vinieron á perder todo carácter americano y todo carácter español, sin ser tampoco franceses sino de imitación y contrahechos, porque nadie reniega impunemente de su casta. Hoy quizá, entre todas las literaturas de América, la menos española es la cubana. En francés se piensa, en francés se siente, en francés se habla, y ni siquiera la vecindad de los Estados Unidos basta para llevar los espíritus por otro camino y apartarlos de una superstición que, aun en algunos de los más discretos, toma visos de fetiquismo. Y es lástima grande, porque en ninguna parte abundan tanto como

(1) Nació en Bayamo el 18 de Mayo de 1827 y murió en la Habana en 1890. Fué Abogado y Regidor de su pueblo natal. Emigrado durante la guerra volvió á Cuba en 1879, y publicó en 1888 la última edición de sus poesías.

alli el ingenio y la facilidad de versificar, si bien perdidos y estropeados las más veces por el compadrazgo literario y por la carencia de toda saludable disciplina. Hoy, sin embargo, se notan síntomas de un feliz cambio en las ideas literarias, y comienzan á aparecer pro-sistas y críticos doctos y de indisputable mérito. De la crítica ha de esperarse el remedio á la anarquía literaria que affige á Cuba.

V.

SANTO DOMINGO.

La isla Española, la Primada de las Indias, la predilecta de Colón, aquélla á quien el cielo pareció conceder en dote la belleza juntamente con la desventura, no puede ocupar sino muy pocas páginas en la historia literaria del Nuevo Mundo. Y sin embargo, la cultura intelectual tiene allí orígenes remotos, inmediatos al hecho de la Conquista; puesto que Alcaide de la fortaleza de Santo Domingo fué el capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, cuya vida, de monstruosa actividad física é intelectual, da la medida de lo que podían y alcanzaban aquellos sublimes aventureros españoles, colocados entre el límite de la Edad Media y los umbrales de la historia moderna. Antiguo servidor del príncipe D. Juan (primogénito de los Reyes Católicos), del rey de Nápoles D. Fadrique, y del Duque de Calabria, fué testigo presencial de la toma de Granada, de la expulsión de los judíos, de la entrada triunfal de

Colón en Barcelona, de la herida del Rey Católico, de las guerras de Italia, de las victorias del Gran Capitán, de la cautividad de Francisco I; y todo lo registró y puso por escrito. No siendo bastante para su curiosidad aventurera el espectáculo maravilloso de la Europa del Renacimiento, volvió los ojos al Nuevo Mundo recién descubierto; atravesó doce veces el Océano; conquistó, gobernó, litigó, pobló, administró justicia; disputó con fray Bartolomé de las Casas; intervino en explotaciones metalúrgicas; tuvo bajo su mando y custodia fortalezas y gente de armas; se sentó como Regidor en los más antiguos cabildos de América; arrostró valerosamente las iras de los gobernantes despóticos y de los magistrados concusionarios, no menos que el puñal de los asesinos pagados; fué Veedor de las fundiciones de oro en el Darien; procurador de los intereses de aquella provincia contra el matador de Vasco Núñez de Balboa; Gobernador de Cartagena de Indias, Alcaide del castillo de La Española; y con todo eso, encontró tiempo en los setenta y nueve años de su vida para escribir un libro de caballerías, otro de mística, otro de malos versos comentados en prosa, y más de 20 volúmenes de historia, todos en folio, por supuesto, y casi todos de cosas vistas por él, ó que sabía por relación de los que en ellas intervinieron. Como escribía sin escrúpulos de estilo, y tampoco le embargaba mucho el aparato de la erudición clásica, puesto que si hemos de creer á su implacable detractor, Fr. Bartolomé de las Casas, *«apenas sabía qué cosa era latín, aunque pone algunas autoridades en aquella lengua, que preguntaba y rogaba se las declarasen á algunos clérigos que pasaban de camino por aquella ciudad de Santo Domingo para otras partes»*,